

BIBLIOGRAFIA

Vocación y Moralidad, por RAFAEL VIRASORO. Editorial Castellví, Santa Fe 1949.

Los que vivimos intensamente, dentro del pensamiento y el ensayo europeos, nos sorprendemos, con pudor reconocido, ante el descubrimiento de nuestros ensayistas. Ensayista, en el más alto sentido que otorgo a esta palabra. Mi generación — complejo de culpa — padece de una fobia enfermiza ante el investigador filosófico agotador de citas. Por esto, cuando se descubre que entre nosotros se trabaja con la seriedad y la profundidad que se exige al escritor europeo, conviene señalarlo y celebrarlo.

Virasoro es un ensayista que cabe dentro de esta estimación exigente.

“Vocación y Moralidad” es uno de los libros más serios, dentro del estudio de la ética, que hayan aparecido en nuestro país. Aunque no esté de acuerdo con algunos principios fundamentales, respecto al existencialismo y sus pensadores, me ha apasionado la posición definida de Virasoro ante el problema fundamental de la filosofía contemporánea: antropología del espíritu.

En el estudio titulado “El proceso de la formación espiritual y moral”, Virasoro analiza en forma precisa el problema del “ser-persona” frente al “ser-colectividad”. Acción activa del núcleo social frente al individuo. Importancia decisiva en el acto moral del ya señalado subconsciente colectivo de Yung. “Claro está — dice Virasoro — que este coincidir con los valores y las valoraciones comunes al grupo, no es ya un ciego sometimiento a ellas, como acaece en las primeras fases de la formación espiritual del individuo”, (“EF valor sociológico de Tarde”). “Sin embargo, —dice más adelante— la vida espiritual de una persona y su ethos en particular, refleja siempre, con pocas excepciones, la vida espiritual y el ethos colectivo”.

Virasoro define su posición filosófica: “Ni voy a caer en el error, tan frecuente de los racionalistas extremos, de desconocer a la

vida todo sentido y valor; pero tampoco conviene situarse en el otro extremo. Es decir, sobreestimar de tal modo los valores vitales, que a la postre nos veamos obligados a relegar a las sombras y a considerar como perjudiciales para la especie humana, todas las cualidades específicas del hombre, inclusive la voluntad, la capacidad de proponerse fines por encima de lo inmediatamente útil para la vida”.

¿Es la experiencia moral una intuición objetiva y “a priori”? Conforme con Kant en su afirmación, niega a los valores y a los actos espirituales que se hallen subjetivamente acondicionados. “Lo mismo — dice Virasoro — que la evidencia de que $2 + 2 = 4$ está velada para determinadas conciencias por factores determinados”.

“Eso que es dado como bueno, aún sigue siéndolo, en sí, objetivamente, aunque pueda serlo para una sola persona”. ¿Personalismo axiológico?

¿Qué es la vocación? ¿La posición del hombre frente a la vida? ¿La moralidad de la vocación del hombre en ella y frente a ella? Todos estos problemas candentes para el pensador contemporáneo, se los pregunta Virasoro.

Como bien dice Lecompte de Noüy en su extraordinario estudio sobre “El porvenir del espíritu”, los hombres se preguntan: ¿Adónde va la humanidad? ¿Cuál es el porvenir del hombre? ¿Su fin? Pero, la inmensa mayoría de la masa contemporánea, vive ajena a estas preguntas quemantes y más antiguas que el hombre mismo.

Un largo estudio exigiría el libro de Virasoro, tan lleno de sugerencias. Cada capítulo posee una entrega total del hombre frente a los problemas ontológicos del individuo en la colectividad. Analizar la vocación, el valor de la amistad humana, exige disquisiciones detenidas en torno a ellas.

La realización moral de una persona, coincide pues, con su vocación. La presencia de Scheler — indiscutible para todo ensayo sobre los valores — se pasea por todo el libro con la naturalidad de haber convivido profundamente en el pensamiento del ensayista. Virasoro hace vivir científicamente, el valor con el “potencial incoñoscible” de Driesch, esa personalidad científico-filosófica, única en las investigaciones modernas psico-biológicas. En Francia se pensaba llevar a cabo, el año pasado, un congreso sobre “Antropología filosófica”. “Por una anatomía del espíritu”, era uno de sus temas fundamentales. Nadie pudo saber el motivo de su disolución. Quizás la post-guerra. El armamentismo impidió, seguramente, la reunión de uno de los congresos más importantes después de la última guerra mundial.

¿Cuál es lo subjetivo del valor: el deseo o el placer? Eheren-

fels decía: el valor es lo que deseamos. Meinong contestó: placer = valor. Pero el valor —dice Virasoro— está allí, estando, por encima del individuo. Los valores son datos de la experiencia “a priori” y “todo deber ser se funda en un valor”. No existe el valor de la libertad sin la libertad de algo o por algo. No existe el deber ser, por el deber ser en sí. En el capítulo “Deber, deber ser y valor”, Virasoro, con un dominio absoluto de la ética, entronca el “deber ser” con el sentido de lo “numinoso”, como ya lo definía Rudolf Otto. Todo “deber ser” real, se funda en el “deber ser” ideal. Este, a su vez, se funda en un valor. El deber se funda en el valor y no a la inversa. Los valores son actos de fe —decía Stern—.

A la obediencia y al deber ser, Virasoro le da un fin que me parece lo más importante de toda su tesis: “Si la obediencia puede ser exigida, no acontece lo mismo con la fidelidad”; y a la fidelidad sólo se llega por el amor. De ahí que, el amor en toda su amplitud y extensión, nos va a dar la amistad humana. El amor, la comunión y la única posibilidad de reconocerse, reconociéndose en otro ser. La solidaridad humana, —categoría y valor elevado por Albert Camus al grado de santidad,— adquiere en este ensayo, la posibilidad “única”, del reconocimiento de nosotros mismos en los demás seres. No estamos solos. En el escepticismo, el dolor o la eudomonia, no estamos solos. El mundo está habitado.

Todo ensayo filosófico que deje este saldo, adquiere la categoría de mensaje. El simple estudio científicista se llena de humanidad. Por este tipo de ensayo predicó siempre Guido de Ruggiero.

Con un importante estudio, enriquece Virasoro la bibliografía Ética de nuestro país. Nosotros no podemos echarlo en saco roto. Sobre todo, cuando el problema fundamental del pensamiento filosófico contemporáneo se despreocupa de la gnoseología o teoría del conocimiento, para acercarse más a las reacciones químico-biológicas del hombre.

Beatriz Guido

Sarmiento Parlamentario. Conferencia del senador nacional doctor Pablo Ramella. Folleto (40 pgs.) de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Imprenta Ferrari Hnos., Buenos Aires, 1947.

En el último número de *UNIVERSIDAD* nos ocupamos de la recopilación dispuesta por la Legislatura de la Provincia de Buenos

Aires, en torno a la labor parlamentaria de José Hernández. Una circunstancia imprevista coloca en nuestras manos la conferencia con que el doctor Ramella, cuyos prestigios intelectuales nos exigen de todo comentario en cuanto a su personalidad —bien delineada en la presentación de que fué objeto por parte de don Antonio P. Castro, como Director del Museo Histórico Sarmiento, en la oportunidad en que fué pronunciada aquélla— abordó el estudio de la personalidad parlamentaria de Sarmiento. Trazada a grandes rasgos, como es forzoso en una disertación de este carácter, el doctor Ramella nos presenta a un Sarmiento legislador al modo de los varones plutarquinos. “Muchos se irritan —dice el conferenciante— cuando se señalan los errores y faltas de Sarmiento y hemos visto que la pintura exacta de su vida hace resaltar la personalidad vigorosa en un grandioso juego de luces y sombras. No hay para qué ocultar la verdad cuando de Sarmiento se trata”.

El doctor Ramella nos muestra al gran sanjuanino en el Senado de Buenos Aires, en la convención provincial constituyente de 1860 y en el Senado Nacional, templado por los golpes y ennoblecida el alma, pero no apagados los fuegos de la gloriosa pasión civilizadora. “Traía Sarmiento una experiencia de vida, de sufrimiento y de amarguras, —manifiesta— cuando se incorporó al Senado de Buenos Aires”. Y agrega: “Lo que se advierte en la primera actuación parlamentaria de Sarmiento en el Senado provincial es la sencillez de la frase, la tranquilidad más completa y la preocupación por los más diversos problemas del gobierno. Quienes quieran ver un Sarmiento irascible se equivocan. Con la más absoluta calma aborda los distintos asuntos. Sin embargo, se conoce que tenía fama de brusco, pues él mismo lo dice en el Senado, cuando ya era ministro de gobierno de la provincia de Buenos Aires: “Yo pido, señor Presidente, perdón por mi brusquedad. No puedo remediar la obra de Dios: los hombres son como Dios los ha hecho”.

Esta sola viñeta nos sitúa en el tema de las confrontaciones a que hacemos mención inicialmente, refiriéndonos a una fortuita comparación entre Sarmiento y Hernández parlamentarios, en el número anterior de UNIVERSIDAD. Decíamos allí: “El mismo desgaire, la misma índole de sus haceres públicos, la misma voluntad laboriosa y creadora, pero estilos distintos. Sarmiento es castizo, castellano viejo en la expresión; Hernández criollo. Sarmiento se inflama, se indigna; Hernández se afirma enérgico en la propia convicción, pero no se sulfura. Los dos parten del mismo imperativo categórico, los dos procuran orientar hombres y partidos según los ideales de Mayo, en el período difícil en que se está constru-

yendo el país, los dos son románticos obstinados, pero son diversos no obstante un cúmulo de identidades que impresionan”.

La conferencia del doctor Ramella viene a concertar con estos juicios comparativos mostrándonos un Sarmiento pletórico de un noble sentido de la acción parlamentaria, a pesar de su temperamento. No es eso lo que nos mueve a elogiarla, desde luego, sino la dignidad con que el doctor Ramella encara su cometido y las profundas y limpias consideraciones propias con que acota el rastreo de su *Sarmiento Parlamentario*.

—
Pedro Oscar Murúa

San Martín y Sarmiento. Conferencia del Director del Museo Histórico Sarmiento, don Antonio P. Castro. Folleto (68 pgs.) de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos. Imprenta Ferrari Hnos., Buenos Aires, 1947.

Para un cultor sistemático, apasionante pero desapasionado, de la historia patria, sobre todo en lo que ella tiene de espiritual y humano, como lo es Castro, el tema de esta disertación pronunciada en el Círculo Militar, es de aquellos que subyugan. Asunto tratado con verdadero amor de argentino y americano, y con indudable método de investigador. Un magnífico cultor de la *sarmientología*, Alberto Palcos, presentó al disertante, ciñéndose a la sobriedad característica del presentado. Castro penetra en el tema aludiendo con elevación pero con fervor recóndito, a la desventurada tentativa de don Vicente Lecuna y de los corifeos bilivarianos, de reponer la estulta leyenda que presenta a San Martín disminuido en su jerarquía moral frente a la figura de Bolívar. Pero el asunto no gira en torno a San Martín, porque la finalidad del conferenciante es presentar a un Sarmiento que documenta, como por obra de predestinación, hasta en sus cuentas de viaje, lo que permite la incorporación de un curioso documento histórico, la dimensión moral del insuperable arquetipo. Con cronológica exactitud demuestra Castro la trayectoria sanmartiniana de Sarmiento y consigna uno a uno, desde el primer contacto personal de ambos próceres, el 26 de mayo de 1846, hasta la última entrevista. Se ofrece así un Sarmiento “testigo intachable”, no sólo en cuanto se relaciona con la carta de Lafond, que los falsos cultores bolivarianos reputan apócrifa, sino

también en multitud de aspectos conexos que arrojan luz sobre el asunto. Y tan intachable que Castro lo presenta en una contradicción como para que no quepan dudas acerca de la naturaleza desprejuiciada y amplia del testigo, contradicción que atribuye al estado de tremenda agitación que dominó a Sarmiento entre los años 1850 y 1851, falla "que después rectificó con altura y nobleza".

Cumple el conferencista con su plan determinado, de presentar documentalmente un Sarmiento veraz, providencial actor interpuesto por una extraordinaria previsión del destino entre la verdad y la falacia para aventar las sombras que espíritus siniestros quisieran arrojar alguna vez sobre el recuerdo glorioso del Gran Capitán.

Y es mérito esencialísimo del trabajo de Castro lograr por este medio fecundo y noble la unión en un mismo plano de grandeza de estas dos extraordinarias figuras de la historia continental, tan distintas y a la vez tan identificadas en las magnas empresas de la nacionalidad. Su trabajo, polémico y de exégesis, es aportativo y metódico. No pertenece Castro a la escuela eurística ni se aproxima al modo de Fustel de Coulanges. Con imaginación y elevación sobre bases eruditas, contribuye a edificar la auténtica historia, argentina y argentinista.

Pedro Oscar Murúa

El pensamiento secreto de Mallarmé, por ARTURO MARASSO. Ed. Ollantay, Buenos Aires, 1948.

El volumen editado por Ollantay para su colección "Aguja de vidrio", nos enfrenta con un tema de especial sugestión: "El pensamiento secreto de Mallarmé". Este título y el nombre del autor de la obra, Arturo Marasso, son amarras para nuestro interés. La sugestión del poeta francés de tan original estructura poemática, develado en los íntimos repliegues de su hermetismo por una vasta y respetuosa erudición, —bisturí agudísimo en mano certera—, prende en nuestro ánimo, que acoge alborozado este intento de un autor argentino, que en nada desmerece junto a las elucidaciones luminosas de críticos como Royere, Thibaudet, Mauron y tantos otros.

A 50 años de su muerte, ocurre con Mallarmé algo extraordinario. Su obra, escrita para una selecta minoría, está en vías de alcanzar la popularidad. Sus ediciones se multiplican, y es objeto de tesis y de comentarios.

Es que Mallarmé, hombre de vida discreta, de tintes opacos a fuer de prosaicos, fué sin embargo el poeta ejemplar, que se consagró al culto de la poesía pura, con una especie de vocación de su alma que quiso ser vaso de cristal, diáfano y cristalino, digno sólo así de recibir el don de la gracia poética.

El sabía, consciente de su destino, que su obra no sería nunca de vastas resonancias ni alcance popular, porque exige una aplicación tenaz y sumisa del lector para captar la sutileza escondida en cada término, la intención emboscada tras la imagen. Sabía también que ella debería siempre lo mejor de su prestigio a esa penumbra que envuelve sus versos, a ese tenue perfume de secreto que, como vapores de incienso, nubla la desnudez de una intuición poética radiante como pocas. Sin duda sería él mismo el primero y mayor sorprendido, si pudiera apreciar la difusión actual de su nombre y de sus versos.

Es Mallarmé el representante más caracterizado quizás del simbolismo, tónica de la poesía moderna cuyos ecos no se han desvanecido todavía, escuela noble que reivindica un ideal puramente estético: el arte por el arte. La poesía moderna, movida por un poderoso impulso de superación, decidida a abandonar fórmulas viejas y vacías de sentido, enaró posibilidades más altas y arriesgadas. No se la consideró más como el arte de hacer versos, sino como una especie de actividad privilegiada del espíritu, que daba al poeta acceso a un mundo maravilloso y más real que el de la realidad caduca que se hallaba al alcance de los sentidos. La inspiración, que los poetas modernos consideraron sagrada e infalible, se juzgó única fuente de poesía verdadera y se rechazó como un puro artificio y una injusta traba cuantas exigencias vinculadas a la forma tales como ritmo, rima y medida, imponía la estética clásica. Huir de la literatura fué la consigna del momento; abandonar el fardo de lo artificioso, en pro de la libertad genuina, fué el camino arriesgado que sólo permitió a la poesía el campo de lo metafísico, rechazando como subalterno cualquier concesión a los sentimientos y a las ideas comunes de las gentes. Se piensa a partir de las palabras, cuyas combinaciones son inagotables y engendran ideas imprevistas y singulares.

Dotada así de un alcance metafísico, se convirtió la poesía en un culto de iniciados, consagrado a la imagen y oficiado por el poeta, que se llama a sí mismo mago, vidente, alquimista; imagen que compone de términos distintos una realidad doble en la que intrincados elementos se entrecruzan y sintetizan asociaciones a veces insolubles.

Esta nueva estética, que Mallarmé hizo triunfar, no reemplaza a la antigua: la completa, y ningún poeta puede en adelante ignorarla. Entre sus poesías hay algunas, como *Brisa Marina* y *Las Ven-*

tanás, de claridad inmediata y valor incontestable. Otras, en cambio, no pueden menos de llenar de estupor a quien las aborda por primera vez; obras en las cuales, combinadas a la nitidez, al movimiento, a la sonoridad, hay extrañas dificultades: una contracción extrema de figuras, una sintaxis singular, una densidad de sentido a veces indescifrable. Sin embargo, la lectura de estos versos, aun con la imperfecta comprensión que los acompaña, impone la existencia del verso mismo, y son de aquellos que, cuanto más repetidos más seducen; su significación, al permanecer imprecisa, parece que ganara ese sabor exótico del misterio.

Marasso se sitúa frente a este extraño conjunto de problemas, conquistado de alma por esa personalidad desconcertante que es como un desafío a la fría ordenación lógica y racional de los conceptos.

La cuestión es difícil: ¿cómo esquematizar sin amputar? ¿cómo ordenar sin quebrar? ¿cómo llegar al corazón de esa poesía sin matar la vida que palpita en el interior de su compleja estructura? El mismo lo comprende así cuando dice: "Un análisis esquemático no encierra nunca la realidad pensante de una persona, así como el plano métrico o geométrico de una estrofa o de un edificio si sugiere el ritmo, no nos da su canto o su presencia viva". Tarea verdaderamente erizada de dificultades esta de hallar "la huella de Narciso en la espesura"...

Ese acorde vibrante de sutiles resonancias que en la mente del lector erudito despierta la lectura de un verso y que esa misma erudición establece y clasifica, ¿hasta qué punto es capaz de reproducir el cuadro de vivencias que fecundadas por la inspiración engendraron un poema?

Grave riesgo se corre de falsear ese momento único de la creación, sustituyendo con la propia una personalidad que el crítico serio trata de respetar por encima de todo. Con los elementos que posee, vinculados sin violencia, el crítico trata de inducir principios, organizar pensamientos, reconstruir un complejo arquitectural más tenue y más ligero que las finísimas telas de laboriosas arañas. Pero siempre, por exhaustiva que sea la investigación, la visión de un panorama interior resulta parcial e incompleta y es así como el augural destello de la creación, con mucho de realidad y mucho de milagro, se burla de esos intentos escurriéndose de la malla en que el crítico sagaz trata de aprisionarlo.

La obra de arte literaria, por ser menos concreto su medio de expresión, tiene esa característica especial que la hace única entre las demás artes: su alcance depende no sólo del talento del autor, sino de la figura espiritual, y casi podríamos decir del talento del lector. Su interpretación nunca es única. Su lectura abre camino

a interpretaciones tan variadas como múltiple es la personalidad de quienes la leen.

Cada espíritu, receptáculo de finas vibraciones, se pone a vibrar a la par según su grado de sensibilidad, amplificando sus ondas, prestándoles el eco que en lo profundo de su alma logra la voz del poeta, respondiendo así a su llamado intelectual y cerrando de este modo el maravilloso circuito del lenguaje en su más alta expresión: el lenguaje poético.

Aun por el camino del más fiero esoterismo, la poesía es un hecho del lenguaje y como tal, un acto de comunicación. La poesía totalmente hermética no tiene sentido. Lo que es ininteligible para los demás corre el riesgo de serlo también para el propio autor — si no se trata en realidad de un mero entretenimiento verbal hueco y más o menos ingenioso —, entrando como tal en los dominios de las anomalías individuales.

La poesía verdadera aspira a la comprensión, si no de todos — cuando tiene raíz popular —, al menos de un núcleo selecto capaz de paladear el placer de ir descubriendo la esencia de los versos en una sucesiva superación de dificultades fatigosas, sí, pero generadoras del más puro deleite: el del goce estético. De ahí que la crítica, aun dentro de sus limitados y relativos alcances, sea la expresión más justa y acertada de la repercusión de una obra, y la secuela natural de una fecunda y rica actividad literaria. La erudición y el respeto son las condiciones sine qua non para un intento de esta clase, ya que eximen de reproche cuando se ha errado el camino o no se ha logrado totalmente el fin propuesto.

Este trabajo de Marasso examina, no la totalidad del pensamiento de Mallarmé, como su título pareciera indicar, sino tan sólo cuatro aspectos de su personalidad a través de unas pocas poesías, si bien de las más características.

1º El reino de Saturno (poesía "Les fleurs").

2º El don del poema (poesía "Le don du poeme").

3º Afinidades y variaciones (poesías "Apparition" y "Angoise"): tema de "la creación, el día primero eternizado en su brillo incólume, renaciente y perdido".

4º El dualismo en Mallarmé y Valéry.

Tamizado, por así decir, el verso mallarmeano, nos hallamos ante un esqueleto cuyas innumerables piezas reconocemos con minucioso interés pero que no conmueven nuestro corazón. Nos perdemos en el maremágnum de una erudición formidable que nos da la sensación de aplastar con su peso una realidad palpitante de vida. Poco a poco, sin embargo, penetramos ese cúmulo de asociaciones que el crítico va desmenuzando con singular paciencia, y mu-

chos aspectos se aclaran, muchas nubes se desgarran. Percibimos los profundísimos alcances de algunos versos cuyo contenido nos resultaba impenetrable, y vislumbramos como en un pantallazo de luz, los ámbitos de un mundo interior de grandiosidad imponente.

Podemos expresar nuestro pesar — que no llega a asumir el carácter de reproche —, por lo restringido de los aspectos estudiados. Estas rápidas pinceladas nos parecen apuntes para un trabajo de mayor envergadura. Cierta cargazón de léxico, cierta pesadez de sintaxis, provienen tal vez de la premura por precisar datos o fijar impresiones.

Tenemos fundados derechos a esperar de un crítico tan señalado como Marasso, una investigación acabada de la obra de un poeta tan interesante, en la que refunda los conceptos de este trabajo y los ordene en una más amplia y ágil perspectiva.

Aunque — recordando la sincera expresión de Gide que hacemos nuestra: “La significación de estos versos me importaba mucho menos que la emoción casi religiosa que despertaba en mí su misterio” —, nunca podremos encarecer lo suficiente el interés general que revisten los estudios serios como éste, para enriquecer el acervo de la crítica argentina.

Raquel D. R. de Albornoz

El arte del libro en España, por MANUEL RICO Y SINOBAS;
prólogo de Francisco Hueso Rolland, Madrid, *Edit. Escelicer*, 1941, xiii-500 p.

Es ésta una obra que resulta difícil juzgar con ecuanimidad. En efecto, no se trata de un libro definitivamente concluido por su autor y entregado por éste a la imprenta, sino que nos hallamos frente a la publicación — dispuesta en 1941 por la Real Academia Española — del manuscrito que Rico y Sinobas dejara entre sus papeles al morir en 1898. En el *Prólogo* que precede la obra, y que firma el eminente erudito Francisco Hueso Rolland, se nos explica las razones que llevaron a adoptar el título de “El arte del libro en España” con que se efectúa la publicación, pero se omite expresar claramente si el manuscrito utilizado importaba ya una redacción definitiva o si era un simple “primer estado”, susceptible de ulteriores correcciones y enmiendas. Opinamos que debió ser esto último pues en las páginas publicadas es dado hallar múltiples repeticio-

nes, olvidos y un cierto desorden expositivo: varias noticias que, lógicamente, debieron ser concentradas en un solo lugar se hallan dispersadas sin razón alguna que lo justifique. Más aun, el texto mismo resulta asaz incoherente en su desarrollo mismo. Salta a la vista que faltan capítulos: o bien estos se extraviaron o bien el autor se vió impedido de escribirlos. Pese a semejantes reparos, la obra de Rico y Sinobas, tal como se presenta ante nosotros, encierra un cúmulo de informes de alto interés. Así, por ejemplo, es dado hallar en ella curiosos pormenores sobre los amanuenses y maestros de pluma medievales, sobre los encuadernadores y librerros que ejercieron en la Península, etc., etc. Por consiguiente su consulta será siempre provechosa para el estudioso, si bien ella se verá dificultada en grado sumo por la falta de un índice onomástico y analítico que permita orientarse rápidamente a través del volumen.

J. F. Finó

Le livre français, por R. BRUN, París, *Larousse*, 1948, 183 p.

Coll. Arts., Styles et Techniques.

La gravure française, por E. DACIER, París, *Larousse*, 1944,

182 p. Coll. Arts., Styles et Techniques.

He aquí dos trabajos dignos de figurar dentro de esa serie de estudios referentes a la historia del libro que nos han brindado los autores franceses y que, escritos por Bouchot, Cim, Malo - Renault, Reau, Blum y tantos otros, forman un conjunto realmente incomparable. Ambos autores son personas altamente calificadas en la materia y desde hace años se desempeñan profesionalmente en medio de las riquezas artísticas e históricas que atesora la *Bibliothèque Nationale* de París.

Siguiendo un plan lógico y racional, en un lenguaje claro y sencillo se presenta una breve pero documentada historia del grabado y del libro en Francia, destacando claramente las distintas corrientes o tendencias y colocándolas en sucesivos planos de acuerdo a su importancia respectiva. Podría objetarse la excesiva minuciosidad con que se estudian las producciones del siglo XX. Estas son, generalmente, de muy baja calidad y las páginas que a ellas se consagran hubieran sido, quizás, mejor utilizadas consagrándolas a ampliar pormenores sobre el libro romántico de 1830 o sobre el libro de la XVIª centuria, el "Siglo de Oro" de la tipografía. A ello

cabe responder que, si bien las obras contemporáneas son, en su mayoría, mediocres, hay muy pocos trabajos que a ellas se refieran. Desde un punto de vista estrictamente informativo, resulta de evidente interés contar con estudios que puedan servirnos de guía en semejante laberinto.

Ambos libros se hallan acompañados de bibliografías cuidadosamente seleccionadas así como de glosarios y repertorios bibliográficos susceptibles de prestar valiosos servicios al investigador. Por otra parte, las ilustraciones que acompañan al texto han sido elegidas con sumo cuidado entre las piezas más características y únicamente es de lamentar que el modo de reproducción utilizado — el heliogravado — no permita obtener precisión y finura absoluta en los detalles. En cuanto a los índices, ellos permiten localizar, cómoda y rápidamente, cualquier dato contenido en la obra.

Resumiendo, estos dos pequeños volúmenes interesarán por igual al bibliotecario, al bibliófilo y al aficionado por las cosas de arte.

J. F. Finó

Tratado teórico práctico de Derecho Diplomático y Consular,
por DANIEL ANTKOLETZ. Editorial Ideas, Buenos Aires
1948, 2 tomos.

En esta obra, publicada bajo el sello de la Editorial Ideas, el Dr. Antkoletz realiza una síntesis y metodización de las doctrinas, normas, tratados y leyes relativas a las relaciones internacionales.

El tomo 1º, dedicado al D. Diplomático, contiene una breve historia de la diplomacia abarcando el Oriente, Grecia, Roma, China y el Japón, la Edad Media, las misiones diplomáticas durante los siglos XV, XVI, XVII. La influencia de Maquiavelo y Richelieu. Las relaciones diplomáticas de carácter permanente a raíz de los tratados de Westfalia. Las modificaciones provocadas por la Revolución Francesa y el Congreso de Viena de 1815. Analizándose, finalmente, la época contemporánea y la influencia de las ideas políticas y económicas imperantes, las reformas sociales y la diplomacia de la opinión pública.

Estudia los conceptos de política exterior, del Imperialismo, la Hegemonía y Monarquía Universal, de las acciones conjuntas, alianzas y ententes, los Panismos, la política del equilibrio y esferas de

influencia, formulando en cada una de ellas precisos y acertados conceptos.

La importancia del Derecho Diplomático se encuentra expuesta con claridad, al igual que las ventajas de la carrera diplomática y las razones que motivan la unificación de ella, con la consular y el sistema de equivalencias existente en nuestro país y en otras naciones.

Analiza el concepto de Soberanos o Jefes de Estado, las formas de reconocimientos, títulos, tratamientos epistolares, prerrogativas e inmunidades. Capítulo especial es dedicado a la personería internacional de la Santa Sede, tratándose con amplitud las disposiciones pertinentes contenidas en el Reglamento de Viena de 1815, la Ley de Garantías de 1871 y los tratados de Letrán de 1929.

Las inmunidades y privilegios diplomáticos son expuestos a través de la Antigüedad, la Edad Media y la época actual, al igual que los fundamentos, naturaleza jurídica y clasificación. La inviolabilidad diplomática, sus alcances y limitaciones, las exenciones a la jurisdicción civil, penal o policial, las prerrogativas de cortesía son estudiadas brevemente en base a las doctrinas y disposiciones legales de algunos países. El derecho de asilo es analizado en sus fundamentos doctrinarios y en las disposiciones del Tratado de Montevideo de 1889 y su revisión de 1941, la Convención de la Habana de 1928 y la Convención de Montevideo de 1935.

Con evidente dominio del tema son expuestas las relaciones del Estado y sus nacionales en el exterior, los diversos sistemas de determinación de la nacionalidad, la situación de la mujer casada, y las soluciones dadas por los tratados de nacionalización y naturalización.

El tomo II° estudia la institución Consular, su concepto, origen y evolución. Se analizan las fuentes del D. Consular y se destacan las transformaciones sufridas por la legislación argentina relativas a ese tema.

En los diversos capítulos se estudia en forma sintética y con transcripción de las pertinentes disposiciones legales, todo lo relativo al carácter, prerrogativas, inmunidades y derechos de los cónsules. Condiciones de ingreso, trámites internos, deberes generales, atribuciones comerciales, despacho de buques y cargamentos. Formas de llevar los registros consulares de estado civil y de las funciones consulares y de marina. Actos judiciales y atribuciones administrativas de los cónsules.

Dos anexos al T. 1° contienen la ley argentina N° 12,951, sobre Servicio Exterior y el Decreto Reglamentario de fecha 24 de febrero

de 1948. En el anexo al T. 2° se transcribe el Reglamento Consular Argentino de fecha 7 de mayo de 1947.

Las síntesis doctrinarias han sido realizadas con amplio dominio de la materia, lográndose unir en forma excelente la brevedad y la claridad, las que, ayudadas por la inserción de numerosos modelos de documentación diplomática y consular, contribuyen al aumento del valor intrínseco de esta obra de estudio y consulta.

Adolfo N. Villanueva

Teatro, por JEAN-PAUL SARTRE. Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

Nunca como al tratar el teatro de Jean-Paul Sartre, tendrán cabida más justa las palabras de André Gide, (*Pages de journal*):... la época en que podía florecer la literatura y el arte ha pasado ya. O, al menos entreveo una literatura y una poesía diferentes, con otras licencias, otras incitaciones al entusiasmo y al fervor, otros caminos todavía ignorados". Y Sartre en su filosofía y en la aplicación de ella a la animación de sus personajes realiza esta nueva transubstanciación entre un mundo diferente y una humanidad espectante. Pero ninguna panacea se da en este dramaturgo. Es necesario hablar a un pueblo muy sensible de cosas y personas sonoras, nuevos heroísmos tomarán el lugar de la banalidad y el relumbrón de salón. No existe heroísmo superior a ver el mundo tal como es y amarlo. Sartre en su soledad y en su constante brega, hace jugar una nueva moral y una nueva influencia sin íconos, saturado todo ello por una recia filosofía vital. Su teatro es la desdripación vital de la existencia.

Las escenas de este teatro están coordinadas en forma de que el aporte espiritual se verifique inmediatamente, dando lugar no solo a las manifestaciones profundas de los personajes, más allá de cualquier expresionismo formal, más allá de las cristalizaciones de las leyes históricas y sociales, sino también a que con frecuencia los personajes en su actuación repentina sean simples proyecciones fragmentarias de objetivaciones anímicas por las cuales transcurre la existencia banal y la diferenciativa. Tal ocurre en "*Les mains sales*", donde el drama central se da en la esfera supraoposicional de cualquier partidismo. La conciencia destila singularmente los elementos para absorber y poseer, de allí nace la continua mistifica-

ción en el trato humano cotidiano, el encubrimiento de la verdad, que por otro lado es apariencia, y la-constante segregación de nada para aislarse en las magras libertades individuales. Es el juego siempre renovado de la dominación mutua.

Dice Heidegger, (*Sein und Zeit*, pág. 185), que el mundo ya no puede ofrecer nada al hombre angustiado; y más adelante, "la voz que llama es la existencia que se angustia en su situación desamparada", (íd. págs. 290-295). Lo que equivale a decir que no hay buena ni mala conciencia, ésta no juzga ni aprecia nada, manifiesta la marcha de la existencia hacia sí misma. Las resoluciones resignadas están ligadas a la muerte, que por otra parte se encuentra como una posibilidad de liberación, aunque no "fije" la existencia ya que la aniquila.

El problema moral se ofrece desnudo y esencial en "*La putain respectueuse*". Desde el comienzo se presiente ese fatal y cínico desenlace que hará triunfar lo venal e hipócrita que conforma a Fred y al Senador, sobre la evasión desinteresada que siente en oportunidades Lizzie, quien ve en el Negro un ser ligado a ella por el mismo infortunio. Pero el Negro será linchado bárbaramente por un erimen que no ha cometido, que debe cargar para conseguirse de esa manera el equilibrio de los "sólidos" valores morales. Ya nos decía Sartre en "*Portrait de Baudelaire*" que los deberes, los mitos, las obligaciones precisas y limitadas han desaparecido de golpe, el hombre surge de improviso en la soledad y en la nada. El hombre no puede estar en parte libre y en parte determinado. La libertad de elección de los medios morales, convierte para Sartre al existencialismo en humanismo integral, aunque ni aún sea ese hombre libre para no elegir. En "*Morts sans sépulture*", Jean no puede tener ya su mundo y su libertad en común con el grupo de hombres que esperan la muerte unidos y fuertes. Él ha elegido, pero al formar su existencia con esa elección ya compromete implícitamente la de los otros, la de la humanidad toda. La subjetividad pues, no puede darse y se transforma en intersubjetividad. Cada personaje va adquiriendo diversa textura según quien sea el que los mire. Y sus conflictos no pueden resolverse ni por ninguna ética ni por ningún sistema de progreso social, ya que implica valores. Al fin dice Sartre, ("*L'Être et le néant*"), "el hombre es una pasión inútil".

El sentido del infierno está producido por la supresión de los medios de defensa contra el *para sí* de los otros. Lo que el hombre querrá absorber del hombre es ese *para sí*, su libertad, no su esencia. Y miserablemente llegan Gracín y Francin a tener conciencia que entre tres no puede haber unidad. La mirada de Inés "*neantisista*" sus vidas y los hace despreciables uno a los ojos del otro. Ni

amor ni odio, solo un quedarse para siempre, y continuar, continuar...

Dentro de su propia soledad el creador expresa las múltiples soledades y le basta sólo con eso para llenar un fin humanista. Hay pues una necesidad de encuentro de sí mismo, a través de la búsqueda que de la humanidad hace el creador. La verdad de Sartre ni es más que la verdad de todos los hombres, es una verdad *relativamente absoluta*, adjunta a un excesivo y constante afán de fijación, que siempre llega demasiado tarde o demasiado pronto. La fatalidad no alcanza a ser así más que la resultancia de la combinación de varias libertades.

No solo llega a considerarse lo subjetivo como absurdo, sino lo corporal, lo objetivo, es la absurdidad general del cosmos. Corren los hombres tras algo que los detenga en algún instante pero no hay más que instantes presentes vividos, tan fugaces que no es posible la conciencia de ellos como "presentes", ya que pasan a ser pasado a la más mínima recordación tentada. Lo que los seres exteriores al ente saben de éste, ya conforma un futuro diferente. La mirada de ese "otro" crea la existencia de cada cual. Es un otro yo, vigilante y vigilado. Al formar una existencia, al "neantisarla", se está responsabilizando con la humanidad toda.

Todas las pasiones, todas las elecciones no son sino elecciones que se realizan de sí. El significado del pasado arrastra al presente y lo avasalla. A su vez el futuro lo inhibe de toda acción. Entre estos muros paralelos, los personajes de Sartre desarrollan sus tragedias íntimas, resultando de esta manera el experimento más serio que hallamos actualmente en el teatro de tesis. La invención del hombre por el hombre no es un "slogan" más, y el mundo desorbitado que vamos formando nos dice de estas angustias y de estas urgencias de definición humana más vehemente que cualquiera investigación teórica.

Egisto en "*Les mouches*" dice: "pero soy yo mi primera víctima ya no me veo como me ven, me inclino sobre el pozo abierto de sus almas y mi imagen está allí, en el fondo; me repugna y me fascina. Dios todopoderoso, ¿qué soy yo sino el miedo que los demás tienen de mí?". Perdidos en el mundo estos seres han sentido al igual que Pascal, que Kierkegaard, la angustia de no vivir con la resolución resignada de la muerte y la existencia.

Jorge O. Pérez y Pérez

Médicos y medicinas en la época colonial de Santa Fe, por
AGUSTÍN ZAPATA GOLLÁN, 157 páginas. Santa Fe 1949.

A la proficua labor que lleva realizada Agustín Zapata Gollán en el campo de la historia colonial, se agrega este libro lleno de interés y sugerencias sobre el tema genérico de médicos y medicinas en aquel período de la vida social santafesina. Desde esa "gente desgarrada y vagabunda" que fueron los médicos del renacimiento, pasa revista a todos los que estuvieron vinculados directamente al ejercicio de su profesión en las tierras de nuestro territorio o más precisamente de la ciudad de Santa Fe, con toda suerte de malaventuras y penurias combatiendo pestes, llagas y otros sufrimientos físicos, sin contar los de guerra contra el aborigen.

Curiosas observaciones sobre enseñanza de la medicina en las Universidades europeas del siglo XVI confirman las afirmaciones de otros historiadores hechas en consideración a la escolástica, en la que solían los estudiantes desperdigar su atención en temas abstrusos con escasos rendimientos en favor de las disciplinas que cultivaban. Cirujanos, sangradores y boticarios en esta parte de América aparecen en las páginas del libro de Zapata Gollán esbozados en aquella parte de sus vidas castigadas por la escasez de recursos, por el control del Cabildo que los privaba de su libertad de salir del territorio, como únicos que solían ser para asistir a enfermos de la ciudad, sin contar curanderos desprestigiados y, desde luego, perseguidos...

Vida de trajines, apreturas e inacabables pedimentos y de años en años, alguna figura de mayor ponderación anticipa relieves de indudable respeto y jerarquía. Extensa constancia de medicamentos usados y una relación sobre lazaretos y hospitales, completan el cuadro de la época en ese orden de la vida social de la colonia, trazado luego de meritoria investigación en un aspecto muy escasamente estudiado en nuestro país y que sin embargo, contribuye eficazmente a integrar la reconstrucción histórica de aquel período, en cuanto a la visión de la vida consuetudinaria.

El volumen está ilustrado con magníficos grabados del siglo XVI y XVII, como el de la portada del libro "Cura de la piedra y dolor de yjada y cólico renal" por Julián Gutiérrez, médico de Cámara de los Reyes Católicos. Dos dibujos de Goya completan las catorce ilustraciones.

Gastón Gori

El galgo de Santillán, por EMILIO ALEJANDRO LAMOTHE, 84 páginas, Librería y Editorial Colmegna, Santa Fe 1949.

La literatura de costumbres en nuestra provincia, es reciente en cuanto a su aparición en el tiempo. No se diferencia en esto de otros géneros como la poesía y el teatro, si hemos de considerar sólo aquella producción que algo puede significar en la historia de nuestra cultura. A fines del siglo pasado hubo un intenso movimiento (aunque circunscripto a cierto círculo social, y con resabios clásicos que ya habían sido muy superados en Buenos Aires), de preferencia por la poesía y uno que otro autor de teatro "elucubraba" penosamente argumentos tomados de otros medios y otras épocas y desarrollábalos con empuje que no se detenía en ripios, pleonasmos y otras pesadeces. No obstante los antecedentes en la literatura del país, que podrían arrancar desde el matadero de Echeverría, para seguir con los poemas y novelas gauchescas o las ciudadanas de Ocantos, Cambaceres y Martel, o aquellos libros tan argentinos de Cané con Juvenilla o Lucio López con *La Gran Aldea*, en provincias como la nuestra, la literatura vegetaba en reproducciones de modelos clásicos desarrollados en versos y una que otra página sin mayor derivación en el ánimo del público. El verso rompió lanzas modernistas con *Las Rosas del Deseo*, de Julián Lastra y en la prosa, Domingo Silva con *El Terruño*, hizo mirar el paisaje circundante y el hombre que lo habita. Ambos a principio de este siglo comienzan el despertar de una literatura que se fué colocando a la altura de la nación desde el rincón provinciano y que culminara en la prosa con *Mateo Booz* y en el verso, con *Pedroni*, por citar sólo dos de posición lograda.

Por el buen camino abierto siguieron otros y afirmaron las raíces verdaderas de todo arte trascendente: aquellas que se hunden en la tierra que le es propia.

Emilio Alejandro Lamothe está dentro de esta corriente que no se desentiende de la realidad; de los hombres que diariamente vemos y tratamos con sus problemas, sus alegrías, sus miserias y a veces sus puntas ridículas. "*El galgo de Santillán*" es libro escrito con esa postura frente a la sociedad y circunscripto a un sector bien definido: el pequeño burgués. Sus personajes emergen de la vida misma con eficaz realismo. No son aquellos robustos personajes que configuran tipos de excepción; están delineados, retratados en un momento especial de sus vidas, ese momento crucial que los coloca en situación de ser personajes de cuentos... Hombres que se mueven en su medio sin deformaciones y que están caracterizados por sí

mismos o por su conducta frente a hechos; que se desenvuelven en la sociedad sin alterar sus convencionalismos y que por ello mismo al constituirse en protagonistas de cuentos, el autor los precisa para reflejar costumbres. Con ello queda dicho que Lamothe es un sagaz observador de la realidad y si se une a ello su natural espíritu propenso a la ironía se comprenderá hasta qué punto su crítica de costumbres es aguda y cuánto aun puede aportar a la literatura quien se inicia de manera promisoramente con un libro que se lee con placer y provecho. "El galgo de Santillán" es un buen volumen de relatos que están comprendidos dentro del movimiento a que aludíamos y que anuncia el advenimiento a las letras de un autor que posee los recursos necesarios para lograr obras definitivas. Ni un aditamento retórico desfigura su prosa escrita con llaneza de buen gusto; su estilo se ajusta a la categoría de los hechos que narra con relieves y matices que dan la justa impresión de que su autor sabe qué es lo que quiere y cómo debe llegar a la inteligencia del público. Si "El galgo de Santillán", no es una flecha justamente clavada en el blanco de la literatura, es con toda seguridad un arco bien tendido que Lamothe sabrá valorar para determinar el esfuerzo futuro.

Gastón Gori

Fragmentos de la muerte, por OSVALDO SVANASCINI. Ed. Centurión. Buenos Aires, 1948.

Una ubicación de profundo sumergimiento íntimo dentro de una problemática de índole metafísica, ha regido la obra del poeta argentino Osvaldo Svanascini, expresada a través de ya numerosos libros, dentro de módulos poéticos que con leves diferencias entre uno y otro trabajo, mantiene siempre su característica de *trobar clus* que coloca al poeta dentro de un grupo de estetas herméticos a que nuestro arte joven es afecto.

La elaboración poética procede aquí a un escamoteo conceptual grato a la transcripción de intuiciones que halla así el modo de condeír el lenguaje a una sutileza apropiada al concepto de esencias que se pretende fijar. Ubicación totalmente opuesta al realismo, se soslaya aquí continuamente el peligro de la no-expresión fundamentando el poema en una auténtica e hiriente vivencia del tema poetizado, que trasciende con su fuerza comunicativa todas las

dificultades que la necesidad del uso de un medio lingüístico de comunicación impone, en cuanto significa adulteración de la pura relación espiritual del poeta con el objeto. Queda abierta la cuestión de saber si la investigación poética de la estructura metafísica del cosmos y sus elementos no se logra igual mediante un estilo más directo, como Quevedo en algunos de sus sonetos donde el tema amoroso sirve de pretexto para diferentes y profundas exploraciones sobre el alma, el tiempo, la vida, etc.

El tema de la muerte inspira los diez fragmentos que componen el libro, tema que con mayor o menor intensidad se halla siempre presente en la poesía de todos los tiempos. Svanascini desenvuelve la idea central vinculándola con la imagen del mar, del sueño, el "precipicio de la muerte". La presencia del mar, principalmente, es constante y le permite versos donde revela su cualidad de creación imaginativa. Así el poema VIII describe el mar llegando hasta las playas de arena, y las olas golpeando las costas escarpadas y dice:

"El agua vuela sus mejillas hacia la arena
y las analogías sacuden la agonía de las costas muertas".

Y el sonido del mar:

"De lejos oyes un vaho de niñas sepultadas en el agua".

Y otras imágenes igualmente logradas:

"Ya el mar bebe el pensamiento de los naufragos"

"El fuego penetra en el mar a la altura de las aves que
(tocan su piel".

"El agua nos mide con su córnea de espejo".

Otras meditaciones solicitan su cuidado lírico y es así como la visión de las estructuras de los objetos, los huesos que sostienen las arquitecturas contingentes le obseden:

"...en la argamasa crece una soledad de acero"

"...un esqueleto dirige el paso de los peces"

Creemos más logrados los poemas 4 y 5 dentro del conjunto, que a su vez es la obra mejor lograda de Svanascini en cuanto mantiene con más intensidad su fuerza y nivel poéticos. Acaso deseáramos para una poesía de evasión como la que nos ocupa, un criterio algo menos hermético y una mayor abundancia de imágenes como las entresacadas para este comentario, donde la presencia del ob-

jeto se impone con más vigor que en el resto del poema, en que el juego de alusiones y referencias, muchas veces de inspiración oriental, dificultan su captación haciéndola muchas veces una ardua empresa. Es lícito prescindir de la pretensión explicativa y la construcción lógica-silogística cuando se trata de circunscribir una vivencia donde estos instrumentos resultan inútiles, pero es menester utilizar las palabras dentro de una sistematología que exprese un concepto y ser fiel a estos símbolos para dar al lector un hilo que le permita reproducir las captaciones sensibles del poeta. Editada con gran rigor tipográfico, cuenta el libro con diez preludios del músico argentino Esteban Eidler sobre los fragmentos, e ilustraciones del autor.

Miguel Brascó

Caramelos de naranja. JOSÉ F. CAGNÍN. (Editorial Castellví, 1949).

En cumplimiento de un ponderable plan de publicaciones destinado a difundir la obra de los poetas y prosistas de la región, Editorial Castellví S. A. de Santa Fe, ha publicado un primer libro del poeta corondino José F. Cagnín.

Un emotivo y fresco acento campesino es grato en la mayor parte de los trabajos que componen este volumen. La inspiración de Cagnín se demora en los temas humildes del pueblo, en el paisaje íntimo de la costa, en la imaginería rica del río.

Los poemas abundan en imágenes que unen a una fina penetración con el tema propuesto, su construcción directa e inmediata, que coloca a Cagnín entre el grupo de poetas accesibles al lector medio que rehuye una modalidad de indagación poética y mayor abstracción. La vaga memoria de Carriego discurre por ellos mucho más que la de Rilke, Jiménez o Larreta, cuyas citas, entre capítulos, descubren preferencias de lectura que evidentemente no han influido su módulo creativo.

La costa y el pueblo son los objetos poetizados. Aquella, con mucho acierto en el primer soneto de la Sirena y el Sauce, que logra una irrealidad mágica, una ficción que cautiva con acierto. Luego el pueblo, cuya atmósfera constituye sin duda alguna motivo de exaltación y dolor para el poeta. En "Aljibe", en "Pueblo", intenta una modalidad descriptiva y cordial, pero es en "La Noche del Sábado" donde el tema alcanza su más alto nivel expresivo.

"Noche del Sábado" es un poema de verdadera importancia que reúne y permite una cantidad de anotaciones interesantes. La presencia viva del pueblo en su dimensión agria, grotesca, aparece aquí en torturada enumeración. "Porque puedo morir como cualquiera — burocráticamente consentido — me voy acostumbrando a ser aldeano con alma de escribano sin registro", nos confiesa en los primeros, doloridos versos. De un dolor quieto, resignado. La imagen transmitida es sombría, de murmuración y envidia, de mirada torva y gesto grosero. Todo un mundo oscuro y limitado desfila aquí: la simple mención sucesiva y escueta "la Biblioteca grávida de libros, el Tiro Federal, el Sanatorio, la Sociedad Benéfica, los tardíos vigilantes, los doctores, las maestras con maridos cesantes, las comadres, los pedagogos", ya nos pinta una realidad que atenta contra su alma. En la línea de Nicolás Olivari o Joaquín Gómez Bás — poetas ciudadanos — José Cagnín se apena aquí por el pueblo de tierra adentro.

Siempre exuberante en su método poético, busca preferentemente el objeto humilde, los personajes de la costa con sus magros destinos negados. Así la "Balada de la Niña Pobre", los poemas de Canito, la "Comadreja", etc. El *elam* expresivo de Cagnín es desbordado, abundante; sus poemas vibran casi exclusivamente en la cuerda sentimental, sin precaución alguna de síntesis poética, en un no elaborado impulso de creación.

Este primer libro del poeta corondino revela un nuevo escritor de sensibilidad rica y grandes posibilidades para realizar una obra personal dentro de la lírica del litoral. La edición muy cuidada sigue la línea de los últimos volúmenes impresos en los talleres de Castellví S. A.

Miguel Brasó

ARISTÓTELES. *Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, por WERNER JÄGER. 22 1/2 x 14 1/2, 553 páginas. Versión española de José Gaos. Fondo de Cultura Económica. México, 1947.

Obra de fundamental importancia para interpretar todo el proceso del pensamiento aristotélico, con su evidente carácter evolutivo, es esta, que analizaremos, cuya primera edición en idioma alemán apareció en Berlín, por el año 1923.

Por su parte este autor, el profesor Werner Jaeger, catedrático en la Universidad de Harvard, en los Estados Unidos de Norteamérica, al comienzo de su libro, señala la profunda influencia ejercida por Platón en el ideario de Aristóteles de Estagira, y además, remarca con especial acierto las características que reviste esa influencia en la formación y desarrollo ulterior de la mentalidad del sabio autor de la FÍSICA.

Hay que reconocer que, según referencias dignas de crédito, permaneció unos veinte años el futuro fundador del Liceo, al lado del gran filósofo idealista Platón. (Para Jaeger, del 368-7 al 348-7). Es por ello muy comprensible que aparezcan huellas visibles del platonismo de la Academia en los escritos de Aristóteles, y sea apreciable tal influencia en obras muy posteriores, de la etapa de su emancipación intelectual, cultivando ya métodos realmente científicos. Al estudiar el EUDEMO, donde examina la inmortalidad del alma, advierte que aunque Aristóteles es un maestro en el método y en la lógica, depende por completo de Platón, en el campo de la metafísica.

Al analizar el PROTREPTICO, manifiesta el autor Werner Jaeger, que se trata de una exposición discursiva en defensa del platonismo y acerca de los fines de la vida humana. Y al destacar la significación del conocimiento teórico, queda el pensador de Estagira en el círculo de los ideales de la Academia. Luego se refiere a la *phrónesis*, con la cual se denomina, la unidad del conocimiento especulativo y la vida práctica. Allí, el filósofo del Liceo, realiza un intenso y provechoso análisis de las concepciones sustentadas por Platón, su insigne maestro. Cabe advertir ya, que el mismo concepto de *phrónesis*, recibió en las obras de la madurez del maestro de Teofrasto, otras interpretaciones, como lo anota adecuadamente el profesor Jaeger. De esta suerte, Aristóteles redujo posteriormente a la *phrónesis*, a lo "éticamente deseable" (página 101. Las comillas se agregan al texto).

En este sentido, es preciso hacer constar que en el curso del pensamiento platónico y aristotélico, tuvo el término *phrónesis* muy variadas y numerosas interpretaciones.

Al considerar el mismo Estagirita, el hecho de que la *phrónesis* es una modalidad o cualidad particular de la persona racional, tiene ella la capacidad para darse la norma individual ética adecuada. Es esto la culminación de un extenso y complejo razonamiento que va desde el PROTREPTICO hasta las obras producidas en su gloriosa madurez intelectual.

En el PROTREPTICO aristotélico, se realiza un estudio de las formas arquetipos (ideas platónicas), llegando el autor de ese

trabajo, a la conclusión de la necesidad ineludible de esas ideas modelos o formas superiores, para obtener el conocimiento teórico y exacto. Por aquel entonces, se encontraba el sabio de Estagira, en la atmósfera de la metafísica platónica, y aunque ya mostrara señales visibles de su vigorosa personalidad filosófica, no supera todavía el campo de los problemas y cuestiones en que actúa el fundador de la Academia. Después, a nuestro entender, el maestro de Teofrasto de Eresos, marchó hacia la estructuración de su realismo de las ideas y posteriormente construyó su completa y personal filosofía. Y con su positiva vocación científica, elaboró sus métodos, su rigidez lógica y por el manejo de la inducción y de la deducción sobresale en el campo de sus especulaciones mentales.

El profesor Werner Jaeger, se refiere a los viajes de Aristóteles, por Asos y Macedonia, su amistad con Hermias de Atarneo, con el sobrino del Estagirita, Calístenes; Neleo y Teofrasto de Eresos, y este autor acepta que fué en Asos donde se gestó, el Liceo del pensador de Tracia, y en esa ciudad, se delinearon sus fundamentos iniciales. Después de haber permanecido en Asos, tres años pasó a Mitilene y luego a la Corte de Macedonia, invitado por el Rey Filipo, con el cargo de preceptor de su hijo Alejandro. Posteriormente, el autor del libro, destaca la influencia de Aristóteles sobre su discípulo, y su ideal de que el futuro conquistador condujera a la unidad política y espiritual del mundo griego.

En su diálogo DE LA FILOSOFIA, aunque se encuentran rasgos del pensamiento platónico, estructura el Estagirita un ideario más personal y propio. Se refiere en el mencionado diálogo, a la existencia del universo, a los astros que lo constituyen, a la eternidad del mundo y al movimiento circular de los cuerpos celestes. De tal manera, el pensador del Liceo, sustenta un pensamiento original, pero recibe influencias y sugerencias de la metafísica de las ideas y de ciertas formas míticas del platonismo.

Ya se advierte en el citado diálogo, su mayor independencia con respecto al platonismo de su maestro y se anota su marcha progresiva para la formación de su propio sistema filosófico y físico. Para W. Jaeger, este diálogo, junto con la cosmología platónica, revela la influencia de los descubrimientos astronómicos del siglo IV (página 180), pues Aristóteles de Estagira trata aquí de los movimientos naturales de los cuerpos, de los circulares de los astros y estudia el problema de la existencia del éter, como un quinto elemento. Constituye este trabajo una exposición amplia de las teorías astronómicas de su tiempo estudiando a Eudoxo, Posidonio,

etc., como los sustentados por la Academia, y los que aceptaba el gran Estagirita en su concepción del mundo.

Para el profesor W. Jaeger, el diálogo DE LA FILOSOFIA, es el punto de arranque para analizar sus trabajos sobre metafísica. (página 194).

Al estudiar la METAFISICA original, el autor, profesor en la Universidad de Harvard, menciona el proceso que conduce al examen de la existencia de las ideas o esencias platónicas, hasta su fundamentación ya concreta frente al mundo de lo real o sensible. En este terreno, Aristóteles de Estagira argumenta en contra de Espeusipo sobrino y discípulo de Platón, y a la dirección que había impuesto a la misma Academia después del fallecimiento de su tío, demostrando ya este tratado precitado, que Aristóteles se afirmaba en su filosofía propia y personal con todas sus características, dejando de lado las influencias que había sentido en el proceso primario de su evolución intelectual.

Posteriormente, cuando el pensamiento del fundador del Liceo, sigue su incesante evolución, nos encontramos que va concediendo cada vez mayor importancia a la materia y a la forma concretas, para el estudio del mundo extenso. Esto ha sido remarcado con fina inteligencia por el profesor Jaeger, pues de esta suerte, el filósofo va superando el idealismo platónico para situarse en un realismo analítico y crítico, que presta significación a los hechos del mundo fenoménico, y por ese camino, va marcando el progreso de su mentalidad científica, que le hizo alcanzar admirables e importantes conquistas en el campo de las ciencias naturales. Paulatinamente, el razonamiento del maestro de Teofrasto de Eresos, va remarcando la importancia de la sustancia material para la interpretación del mundo externo, concebir el cosmos de los fenómenos y los movimientos de los cuerpos en el universo físico. Cabe consignar que el profesor Jaeger, señala que el mismo concepto de sustancia adquirió distintas interpretaciones ante el intelecto del Estagirita, pero lo más cierto, es el hecho que por ese lado desembocó su pensamiento, para dar realidad al mundo de la naturaleza y a sus fenómenos exteriores. En el curso de este proceso intelectual, siempre nos encontramos que le interesa conceder primacía al concepto de forma, pero desde luego, en el campo de su argumentación metafísica, la forma en general implica la existencia de la materia, o bien de alguna especie de masa o substractum elemental.

En el ideario del fundador del Liceo, la metafísica concierne a la ciencia del ser y queda para la física, el estudio de las sustancias sensibles y concretas, como una filosofía de los cuerpos y sus

movimientos. En este sentido podemos advertir que Aristóteles de Estagira, se equivoca al considerar a la ciencia física como ciencia teórica (página 249 y siguiente), cuando en verdad se trata de una disciplina experimental, inductiva y objetiva que obtiene sus leyes y conclusiones mediante la observación de los hechos, empleando un método matemático y cuantitativo. Desde luego, esto nos ofrece un aspecto del criterio del Estagirita, frente a las ciencias, pues ulteriormente registra ciertos progresos frente a esa modalidad del pensamiento suyo. En su distinción entre metafísica y física, considera aquella como la ciencia del ser inmóvil, y a esta última, como la disciplina consagrada al estudio de lo móvil y de lo sensible. Como es de suponer la metafísica, implica el examen analítico de ciertos elementos inseparables, como materia y forma, potencia y acto; quedando la física concretada a un proceso de movimiento y cambio de la materia ponderable.

El estudio ajustado y amplio que realiza el profesor Jaeger, del sistema aristotélico, hacen de esta parte de su importante libro, uno de los más esenciales para conocer en la intimidad, el mecanismo del ideario filosófico del admirable maestro de la Antigüedad clásica.

Al analizar el ideal ético del fundador del Liceo, considera Werner Jaeger que solamente son auténticas la ETICA EUDEMIA y la ETICA NICOMAQUEA, y es inauténtica la GRAN ETICA O MAGNA MORALIA, cuyo autor parece ser un peripatético que ha recogido algunas lecciones del Estagirita. Es indudable que, de acuerdo a investigaciones muy serias, que, las dos obras citadas en primer término, tienen el sello del pensamiento y del estilo del gran filósofo del Liceo. Existe una innegable vinculación intelectual, como lo destaca el profesor Jaeger, entre las ideas sustentadas por el PROTREPTICO, con lo expuesto en la ETICA EUDEMIA. Pero posteriormente, caemos en la cuenta que la ETICA EUDEMIA, tiene mayores rasgos del pensamiento ético, metafísico y teológico del insigne filósofo.

Aristóteles examina en su ética, la significación de la virtud para el hombre y la trascendencia que adquiere el valor ético, el bien moral en cuya especulación intelectual, se afirma superando los estadios anteriores registrados en el PROTREPTICO. Ya la ETICA EUDEMIA, consigna un desarrollo espiritual más fecundo. De esta suerte, vuelve a aparecer en la mentalidad del fundador del Liceo, lo teórico y lo práctico, y lo que él, considera como la verdadera razón ética. Todo esto condujo a Aristóteles de Estagira, a adoptar como un tipo de ideal ético, un justo medio,

un término medio entre los sentimientos y pasiones que agitan el alma humana.

Todo esto contribuye a presentar ulteriormente, al modelo de la vida contemplativa o puramente teórica como la propia del filósofo, frente a las exigencias de la vida práctica. Su especulación presenta a la contemplación filosófica, como lo más elevado y conveniente a que puede aspirar la vida humana. En este curso de razonamientos éticos, se destaca ya que Aristóteles, admite otras interpretaciones de la palabra *phronesis* y de esta manera, considera a la misma como un conocimiento exacto del valor de la razón y de su actividad teórica.

Al estudiar la Política original, el profesor Werner Jaeger, dice que la única forma de ideología política que recibió el Estagirita de Platón y que fuera reconocida por aquél, fué la utopía, (página 302). Por tal razón, Jaeger destaca que en los ocho libros de su POLITICA, tiende a la concepción de un estado ideal, (página 302 y siguiente). Después, cuando el sabio de Tracia, observó con espíritu empírico al estado y a sus elementos constitutivos, destaca claramente la importancia del individuo humano y del ciudadano, cuya trascendencia es extraordinaria, si se tiene presente que la estructura del estado por su aspecto moral y espiritual, se apoya en los ciudadanos que lo sostienen y le prestan su sentido ético.

Aristóteles divide en seis las distintas formas de gobierno, es decir tres puras y tres impuras. En este aspecto se revela netamente la fuerza del análisis que efectúa el fundador del Liceo y la adecuada exposición que hace sobre las mencionadas seis formas de gobierno.

Aunque la POLITICA, es el fruto de las influencias de su concepción filosófica y ética de la vida, demuestra ampliamente el maestro de Teofrasto de Eresos, su capacidad de observación, su estimación del mundo histórico, donde se desarrolló su notable genio y las dificultades que presentaba la ideología política de Platón, su brillante maestro, para adaptarla a la vida práctica de los estados antiguos.

En la POLITICA se aprecia ampliamente la importancia de los estudios efectuados por Aristóteles, acerca de los estados, los pueblos y las ciudades; con sus modalidades propias y sus estilos de existencia. Logra después con especial acierto, señalar la significación de la finalidad moral del estado, como también la tiene toda vida humana, al cultivar y elegir entre los bienes éticos, aquellos que resultan los sumos valores de su existencia. Esto conduce necesariamente al filósofo del Liceo, a la fundamentación del concepto de virtud moral.

Frente al estudio de W. Jaeger, se advierte que Aristóteles señala con clara conciencia de su importancia, los inconvenientes del capitalismo en la existencia económica y política de los pueblos. Para él, la acumulación de la riqueza crea enemigos muy poderosos en el exterior, para un estado.

De esta suerte, el pensamiento político y social del fundador del Liceo, lo sitúa en un plano de singular interés para los estudiosos de esos problemas, por el análisis que realiza de las cuestiones de esa naturaleza y el conocimiento de las formas de gobierno que estudia con un criterio muy amplio y con un espíritu de investigador digno del mayor elogio. Al examinar la política el maestro de Teofrasto, la sitúa en el mismo plano que la ética, ya que en muchos razonamientos de su fecunda filosofía, aceptaba la equivalencia entre la ciencia ética y la ciencia política. En sus estudios acerca de las constituciones de la Antigüedad, las distintas formas de gobierno y los estados conocidos en su mundo histórico, se revela como un maestro que poseía muy fecundos razonamientos y llegaba a certeras conclusiones en el campo de lo político, social y económico.

Más adelante, al examinar el origen de la FÍSICA, la sitúa el profesor W. Jaeger, como surgida en el ambiente filosófico de la Academia y sintiendo la influencia del autor de LA REPUBLICA (páginas 339 y siguiente). Allí como puntos fundamentales, el Estagirita estudia materia y forma y la teoría del movimiento. Intenta explicar el filósofo de la Antigüedad, los diversos tipos de movimientos y analiza con toda amplitud, el problema del origen del movimiento. Es necesario destacar, la manera detallada en que estudia al movimiento frente a las alteraciones y transformaciones que experimenta continuamente la naturaleza.

El fundador del Liceo, analiza al éter como un elemento dentro del campo de sus formulaciones cosmológicas. Además la física clásica, aceptó al mismo éter para como un vehículo para las acciones gravitacionales, pero con la aparición de la física de carácter relativista, se dejó de lado la idea de su existencia. Además, consideramos necesario reconocer que el notable sabio de Estagira, sostenía la finitud del cosmos, situándose de esta suerte, con esa aguda anticipación entre los modernos investigadores, los cuales defienden la finitud del universo material.

Al volver a Atenas entre el 335-334, el autor de la FÍSICA fundó el Liceo que constituyó por su organización y actividad, el modelo de una academia científica, que poseía una rica biblioteca y un apreciable material para la enseñanza y el estudio de los discípulos. Allí el gran filósofo impartía sus provechosas lecciones, y

además tenía organizado un sistema de enseñanza de acuerdo a los distintos temas o cuestiones que tenía que explicar. Dice a este respecto, el profesor W. Jaeger, después de referirse a la forma como estaba ordenada la vida en el Liceo: "También estaban reguladas "las lecciones. La tradición nos informa de que Aristóteles daba sus "lecciones más difíciles y filosóficas por la mañana, mientras que "por la tarde hablaba a un público más amplio de retórica y dialéctica. Además había lecciones dadas por los discípulos más antiguos, tales como Teofrasto y Eudemo". (página 362). Con referencia a la estructuración del Liceo, dice el mismo autor: "La organización de la escuela peripatética es un reflejo de la naturaleza "de Aristóteles, el acto de un solo espíritu directivo cuya voluntad "vive en los miembros de la misma". (pág. 363).

En el capítulo destinado al estudio de LA ORGANIZACION DE LA CIENCIA, el profesor Jaeger entra en el análisis de las obras sobre la naturaleza y el mundo biológico, después de un desarrollo intelectual que lo condujo desde el idealismo metafísico platónico hasta el empleo de un método de carácter experimental, en sus trabajos zoológicos y botánicos. En este sentido, la importancia de sus investigaciones consignadas en HISTORIA DE LOS ANIMALES, DE LAS PARTES DE LOS ANIMALES Y DE LA GENERACION DE LOS ANIMALES, que lo señala como un indiscutible científico, por el valor que concede a la observación y que revela su notoria capacidad para registrar los hechos fenoménicos. Ya en esta etapa de su fecunda existencia, se pone de relieve que el pensador de Tracia, es un eficiente investigador de la naturaleza, que estudia, clasifica y organiza una serie de positivos conocimientos. Examinó con espíritu científico, los fenómenos de la vida, y se hizo realmente célebre por su sistema de clasificación los fenómenos y los organismos zoológicos y botánicos.

Además, después de su muerte, con Eudemo de Rodas aparece el cultivo de las ciencias exactas y con Teofrasto, el interés por la botánica y la medicina (página 385). Su glorioso papel como maestro y guía intelectual de las mentes juveniles, ha sido debidamente elogiado por Werner Jaeger en su fundamental libro, pues el gran Estagirita los orientó y dirigió con método certero al estudio de la naturaleza. Dice el autor: "No hay nada en la naturaleza, ni siquiera lo menos valioso y más despreciable, que no contenga algo "maravilloso en su seno; y aquel cuyos ojos los descubren con gozoso asombro es hermano en espíritu de Aristóteles". (página 391).

En el capítulo XIV se vuelve al examen de la teoría del primer motor, ya que el fundador del Liceo, efectuó algunas variaciones dentro de la concepción originaria y de su situación como

causa del movimiento. Los estudios realizados por el Estagirita en etapas posteriores, lo condujeron a ciertas especulaciones acerca de la naturaleza de ese primer motor, lo que desvió al eminente maestro de la Antigüedad, a sostener una serie de razonamientos en donde inevitablemente fluctúa entre lo metafísico y lo físico. Y de esta suerte, el primer motor resulta equiparado a una entelequia de la naturaleza y por ello, no registra acción mecánica alguna. Si bien esto condujo a algunos razonamientos oscuros al pensador de Tracia, tenemos que reconocer inevitablemente que este aspecto de su filosofía, no es el más fecundo de su vasto ideario espiritual.

Para el profesor Jaeger, es el pensamiento analítico del fundador del Liceo, lo que le condujo a la estructuración de la filosofía científica. Con posterioridad afirma que todos los lineamientos de su filosofía desembocan en la metafísica. Todo ello es agudamente desarrollado en el capítulo intitulado: LA MADUREZ. ARISTOTELES EN LA HISTORIA. Allí se examina su gravitación en el mundo griego, y la influencia de otros pensadores, directa o indirectamente sobre su ideario y se determinan todas las modalidades inherentes a su espíritu. Tanto Sócrates como Platón, dejaron sus huellas en la evolución orgánica de su filosofía. Y luego en el mismo capítulo, aparece el análisis de la virtud moral y de la vida teórica, como lo más elevado y excelente a que puede aspirar la vida humana, en el campo de la concepción aristotélica.

Para terminar su magistral obra, el profesor Werner Jaeger, presenta a Diocles de Caristo, un nuevo discípulo de Aristóteles de Estagira, y que, en ese carácter, resulta un verdadero desconocido para los investigadores de la cultura y de la ciencia. Según Jaeger, se le denominaba en el mundo ateniense "el segundo Hipócrates" (página 517). Las comillas aparecen en el texto). Tenía Diocles apreciable renombre como médico, y por sus ideas, pertenecía a la escuela médica siciliana. Según el autor, era además botánico y meteorólogo, (página 525).

Para el autor de esta obra trascendental, Diocles de Caristo, estudiaba con sentido peripatético a la naturaleza y a los fenómenos esenciales de la vida. Además emplea otras características del método del fundador del Liceo. Y de tal suerte, Jaeger nos expresa que este discípulo utilizó la idea biológica, sus conceptos básicos acerca de la naturaleza y los análisis filosóficos del ilustre maestro de Teofrasto de Eresos.

Con esto ponemos término al examen de esta admirable obra, señalando que el libro del profesor Werner Jaeger, sobresale magistralmente por su calidad filosófica, la rigurosidad del análisis filológico, la claridad lógica con que estudia los textos del Estagi-

rita, por el certero examen de las obras auténticas y apócrifas del fundador del Liceo y por la ajustada reconstrucción del mundo intelectual, donde se desarrollara la mentalidad y el espíritu del gran maestro.

De esta manera, este libro representa un excepcional aporte al estudio de la evolución del pensamiento del maestro de Teofrasto de Eresos, vinculando sus obras con todas las etapas vividas por Aristóteles, como así también, fijando con elogiada seguridad, la época en que las mismas fueron escritas. Paralelamente con esa labor, va determinando el proceso ideológico del sabio griego, cuya obra gravitara tan ostensiblemente en toda la cultura occidental.

Nos parece ya innecesario referirnos a la importancia de este libro para interpretar y estimar el genio del Padre de la lógica. El filósofo alemán Max Scheler, la menciona en su prestigiosa obra intitulada SOCIOLOGIA DEL SABER, señalando el elevado nivel intelectual que ella ocupa.

A criterio de Scheler hay una esencial unidad en todo el sistema aristotélico, destacando la estrecha vinculación existente entre los distintos elementos que lo constituyen. En su concepto, el primer motor no es separable de su concepción astronómica de las esferas, ni de la religión griega. Existe también para él, afinidad entre la lógica del pensador de Tracia, su metafísica y los lineamientos de su filosofía de la naturaleza. Max Scheler, considera a la obra de Werner Jaeger como excelente. (Ver: SOCIOLOGIA DEL SABER. Colección *Hombres e Ideas*, página 89. Editorial "Cultura", Santiago de Chile, Chile, 1936).

Agregaremos ahora que, en la parte final del libro de Jaeger, figuran los siguientes complementos: a) *Asuntos*, b) *obras*, y c) *Personas*, los cuales facilitan en muy gran medida el estudio y la consulta del mismo.

La versión española de José Gaos, se caracteriza por la justeza y elegancia estilística, y ello configura otro mérito, a los muchos que encierra esta renombrada obra acerca del sistema del fundador del Liceo, que tanto influyera en el desarrollo de la cultura humana.

Además, corresponde hacer constar que la correcta impresión del libro estuvo al cuidado de don Antonio Alatorre.

M. A. Raúl Vallejos

